

LA MISA DE SAN SILVESTRE



Cuando abrían las puertas al año nuevo, los romanos invocaban al dios Jano, el patrón de las puertas y de los comienzos, cuyas dos caras (una que mira hacia delante y otra que mira hacia atrás) simbolizan la capacidad del hombre de habitar el pasado mientras se dirige hacia el futuro.

En el cristianismo, otro romano reemplazó a Jano: san Silvestre, papa y confesor, cuya onomástica cae el día de Nochevieja. Al acabar el último día del año, a medianoche, el santo pontífice aparece en la tierra y, con las llaves de la Iglesia, abre las puertas de las principales ciudades episcopales, en cuyas catedrales celebra la primera misa del año.

Manila ha sido una ciudad episcopal casi desde su fundación. Durante siglos Manila y Goa han sido las dos únicas ciudades de Oriente ante cuyas puertas el portador de la llave del año nuevo aparece anualmente. San Silvestre entra siempre por la Puerta Postigo, que es, de las siete puertas de nuestra ciudad, la reservada para el uso exclusivo de virreyes y arzobispos. Allí lo recibe el gran san Andrés, el patrón principal de Manila, acompañado de santa Potenciana, que es nuestra patrona menor, y de san Francisco y santo Domingo, los guardianes de nuestras murallas.

San Silvestre viene vestido de oro y coronado con la tiara. Los caballeros sagrados portan un palio a su paso. Los arcángeles mecen incensarios y abanicos de plumas de pavo real. Un grupo de serafines le llevan el libro, la mitra, el

báculo y las llaves. Y los querubines soplan las trompetas al frente. Las rápidas alas de las horas revolotean por debajo. Por detrás vienen los días más sobrios –figuras crípticas vestidas de plata por encima y de pieles de marta por debajo– tocando las violas suavemente. Detrás del pontífice, caminando de tres en tres, procesionan los doce espléndidos ángeles del año litúrgico.

Los tres primeros visten siemprevivas y van coronados de perlas, y en sus manos llevan incienso, oro y mirra, pues son los ángeles de la Navidad. Los tres siguientes visten violetas de abril y van coronados de rubíes, y llevan los instrumentos de la pasión, pues son los ángeles de la Sagrada Cuaresma. Los tres siguientes visten lirios y van coronados de oro, y llevan estandartes triunfales, pues son los ángeles de la Pascua. Pero los tres últimos visten llamas puras y van coronados de esmeraldas, y llevan los siete dones del Espíritu Santo: la sabiduría, la inteligencia, la ciencia, el consejo, la constancia, la piedad y el temor de Dios, pues son los ángeles de Pentecostés.

La multitud celestial se arrodilla ante la Puerta Postigo mientras san Silvestre avanza con las llaves para abrir las puertas de la noble y siempre leal ciudad de Manila al año nuevo. Doblan las campanas cuando se abre la puerta y san Andrés y sus acompañantes salen a saludar a la embajada celestial. Los dos obispos se abrazan y se dan el beso de la paz, y se dirigen a la catedral, donde el pontífice celebra la misa de la circuncisión. Siguen doblando las campanas durante la hora mágica y estallan en un estruendo verdaderamente glorioso cuando san Silvestre se pone en pie para dar la bendición final. Pero al dar la una dejan de doblar abruptamente, cesa la música atronadora, se desvanecen las compañías celestiales, y en la catedral, que lucía tan gloriosa con luces y estandartes y ceremonias solemnes, sólo quedan el silencio y la fría

oscuridad de las naves vacías, y en el altar, la luz solitaria que arde ante el cuerpo de Dios.

Quienes han atisbado en visiones estas ceremonias dicen que, al igual que Jano, san Silvestre parece tener dos caras, pero estos informes son demasiado imprecisos, confusos y contradictorios para darles crédito. Más verosímil es la antigua creencia de que quien asista hasta el final a la misa de San Silvestre verá mil años nuevos más. Y se rumorea que Nostradamus logró presenciar una de estas misas sirviéndose de la magia negra, mientras que (según san Alberto Magno) Roger Bacon practicó la mayoría de sus experimentos tardíos sobre un prisma que debía hacer visible a los ojos mortales esta misa del portador de la llave del tiempo. También se habla de cierto mago de Manila que, como Nostradamus, introdujo magia negra en la escena sagrada, y fue castigado por ello.

Este mago, conocido como Mateo el Maestro, vivió en Manila a principios del siglo XVIII y era muy temido por ser un hechicero. Pero también era célebre como músico, artista, médico, filósofo, químico y erudito. En su bodega de la calle de los Recoletos, una multitud de aprendices trabajaba día y noche en diversas artes y oficios: tallaban madera o cincelaban piedra, narraban vidas de santos en lienzos o conjugaban los verbos del latín, ensayaban juntos una misa solemne o un rosario cantado. El Maestro –un anciano diminuto y muy arrugado, con una melena canosa que le resbalaba por los hombros y una fina barba blanca– parecía tan frágil como una momia, pero sus ojos –y su temperamento– seguían siendo tan fieros como los de un niño. Dado que nadie podía recordarlo de joven, se le atribuían cientos de años. Según algunos, era un sobreviviente de los días anteriores a la conquista. Se decía que había sido un sacerdote de los cultos antiguos con un gran poder, que había llevado el